219
Cajón 4
Letra L
4408

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA ESTRELLA DE BELEN,

FANTASIA BÍBLICA EN TRES ACTOS Y SEIS CUADROS, EN VERSO.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

3

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Cara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honra.
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y á moda.
¡Está local

En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filantropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el

ahijado de todo el mun
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la hués
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Medicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chincho
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españ
Los dos inseparables.
La pesadilla de un caser
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Br
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernan
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdid
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Carid
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (tale
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.

A su amigo Mario

El autor

LA ESTRELLA DE BELEN.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/laestrelladebeln2553guti

Nos el Dr. D. José de Lorenzo y Aragonés, presbítero, vicario eclesiástico de esta villa y su partido.—Por la presente y por lo que á nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse la fantasia bíblica titulada: *La Estrella de Belen*, mediante que de nuestra órden ha sido examinada, y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid, siete de Diciembre de mil ochocientos sesenta y seis.—Dr. Lorenzo.—Por mandado de S. S., Ldo. Juan Moreno Gonzalez.—Hay un sello.

Habiendo examinado esta fantasia biblica en tres actos, que lleva por título: *La Estrella de Belen*, no hallo inconveniente, bajo la consideracion moral y política, en que su representacion sea autorizada.—Madrid, 23 de Noviembre de 1866.—El censor interino, Luis Fernandez Guerra.

LA ESTRELLA DE BELEN,

FANTASIA BÍBLICA

EN TRES ACTOS Y SEIS CUADROS, EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JOSÉ MARIA GUTIERREZ DE ALBA.

Representada por primera vez en Madrid en el teatro de Zarzuela, en 24 de Diciembre de 1866.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

PERSONAJES.	ACTORES.
UNA SIBILA.....	Doña Cármen Genovés.
SAN MIGUEL.....	Clotilde Lombia.
REBECA.....	Adelaida Zapatero.
ANA.....	Antonia Valero.
ISABEL.....	Dolores Martinez.
MARIA.....	Emilia Pló.
MUJER 1.ª.....	Trinidad Sabater.
UNA VESTAL.....	Josefa Chavarria.
LUZBEL.....	D. Juan Casañer.
SIMON.....	Emilio Mario.
HERODES.....	Francisco Oltra.
BELIAL.....	Agustin Móstoles.
HOMBRE 1.º.....	Ramon Manor.
SACERDOTE DE JÚPITER.....	Telesforo Carralon.
Acompañamiento.	

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Bosque espeso, donde aparecen Simon y varios aldeanos con haces de leña. Á un lado una fuente.

ESCENA PRIMERA.

SIMON, ALDEANOS.

SIMON. Soltemos aquí la leña,
y vamos á descansar
un rato.

ALD. 1.° Sí, descansemos.

SIMON. Jerusalen cerca está,
pero la cuesta es penosa,
y no nos vendrá muy mal
este respiro. (Sueltan á un lado los haces.)

ALD. 1.° En la fuente
vamos siquiera á apagar
la sed.

ALD. 2.° Tiene razon, vamos.
(Se dirigen algunos á ella.)

SIMON. ¡Agua quereis! Por Jehová,
que estais locos! Con el frio...
Venid; la fuente olvidad
para las ranas, el hombre
no debe al cuerpo dejar
que adquiera malas costumbres.

669058

Noé su ejemplo nos da.
ALD. 1.° Sí; mas Noé tuvo vino,
y nosotros no.
SIMON. (Sacando una bota.) Sí tal!
ALD. 1.° Un odrecillo!
VARIOS. ¡Qué gozo!
ALD. 1.° Dánosle al punto á probar.
(Se acercan todos.)
SIMON. Eh! quietos! no hay que apurarme,
que para todos habrá.
ALD. 1.° ¿Es del Carmelo?
ALD. 2.° ¿Es del Líbano?
SIMON. Es de mejor calidad.
Es... de Falerno!
ALD. 1.° ¿Qué dice?
SIMON. ¡Esto no lo beben mas
que los ricos! De las ánforas
que guarda con mucho afan
mi amo, á quien ya conoceis,
el sacerdote Caifás,
cuando puedo hurtar un poco,
me sirve para aliviar
mis pesares. Mi Rebeca,
que tiene un genio infernal,
y es la que guarda las llaves,
no se ha llegado á enterar;
que si no .. mas me valiera...
Nada le digais. Tomad.
(Alargan todos las manos hácia la bota y él la retira.)
Pero no, yo soy primero;
y si falta, no será
justo que bebais vosotros,
y tenga yo que ayunar.
(Bebe y luego les da la bota.)
ALD. 1.° Basta!
ALD. 2.° Basta!
ALD. 1.° Á mí me toca.
ALD. 2.° Y luego á mí. ¿Acabarás?
(Van bebiendo todos.)
ALD. 1.° Bueno está el Falerno!
ALD. 2.° Bueno!

ALD. 1.° Y da un calor, que...
ALD. 2.° Ya, y a!
ALD. 1.° Yo no lo bebí hasta ahora.
VARIOS. Ni yo...
ALD. 1.° (Á Simon.) ¿Y mañana, traerás?
SIMON. Si puedo..
ALD. 1.° Ya que tu amo
te obliga así á trabajar,
caliéntate tú el estómago...
VARIOS. Sí.
ALD. 1.° Que eso es lo principal.
(Simon guarda la bota vacia.)
SIMON. Qué mala suerte es la nuestra
ALD. 1.° Mala suerte es en verdad.
SIMON. Todo el dia trabajando
y sudar y mas sudar,
para no verse en la vida
harto siquiera de pan.
Si fuera como mi amo
el sacerdote Caifás.
Ese sí que no trabaja
y llena su casa está
de todo con las ofrendas
que al templo van á llevar.
Y si á lo menos creyese
en nuestra ley; pero ¡quiá!
Ni Moisés le importa un pito,
ni temor tiene á Jehová,
ni los mandamientos guarda
que la ley manda guardar.
ALD. 1.° ¿De veras?
SIMON. Como lo digo.
Solo ama su bienestar;
jura cuando le conviene,
sin tener necesidad;
las fiestas las santifica
comiendo y bebiendo mas;
de su padre y de su madre,
que ya difuntos estan,
ni se acuerda ni los nombra;
si se trata de matar,
no mata, porque no tiene

valor, y así en los demas
mandamientos, no hay quien pueda
sus instintos barajar.
En cambio es soberbio, avaro,
no tiene en lujuria igual,
es iracundo, gloton,
y tan envidioso y tan
amigo de la pereza,
que hasta de ahogarse es capaz
de sed, si el agua está lejos
y tiene que irla á buscar.

ALD. 1.° ¿Y es ese el gran sacerdote
que á la Sinagoga va,
y quiere hacernos creer
que es un Elias?

SIMON. Sí tal.
Y lo mismo en los gentiles,
si los quereis observar,
vereis. Todo es farsa, engaño;
y cuantos dioses estan
en el Olimpo, no importan
para ellos ni esto.

ALDS. Cabal.

SIMON. La religion que ellos guardan
se reduce á embaucar
á los tontos que los creen
y les llevan con afan
víctimas con que ellos luego
se regalan.

ALDS. Es verdad.

SIMON. Así, cuando mi Rebeca
de estas cosas me oye hablar,
dice que yo soy un simple,
y tiene razon quizás,
porque trabajo y no gano
para comprarle un sendal
de buen lino, un manto nuevo
un reluciente collar
y otros dijes, como llevan
las mujeres de Caifás.
Así es mi casa un infierno
que no se puede aguantar.

De buen grado me daria
en cuerpo y alma á Belial,
si él me sacara de pobre.

ALDS. Y yo, y yo.

SIMON. Mas no querrá,
que de un pobre con el alma
ni el diablo quiere cargar. (Ruido sordo.)
Pero... qué rumor es ese? (Se hace oscuro.)
De pronto la oscuridad
nos envuelve entre sus sombras. (Truenos.)

ALDS. ¡Dios de Israel!

SIMON. Á temblar
empiezo! El cielo nos valga!
¡Qué horrorosa tempestad!

ESCENA II.

DICHOS, BELIAL, por escotillon, rodeado de fuego.

BELIAL. ¿Quién ha invocado mi nombre?

ALDS. Es el demonio! el demonio!

SIMON. Huyamos! (Vánse los Aldeanos.)

BELIAL. (Cogiéndolo por el cuello.) Simon, espera.

SIMON. ¡Ay! no aprietes, que me ahogo.

BELIAL. Cobarde eres.

SIMON. No lo niego.

BELIAL. Y á mas de cobarde, tonto.

SIMON. Sí, tambien lo fué mi padre
y mi abuelo y .. todos, todos;
es defecto de familia.

BELIAL. ¿Por qué tiemblas? Hace poco
me has llamado.

SIMON. ¿Yo?

BELIAL. Tú mismo.

SIMON. Pues no me acuerdo.

BELIAL. Ambicioso
las riquezas codiciabas.

SIMON. Á ser rico no me opongo;
pero llamarte... (Ap.) ¡Qué peste
echa á azufre este demonio!

BELIAL. ¿Sabes mi nombre?

SIMON. Tu nombre?...

Si he de hablar claro, lo ignoro.
BELIAL. Yo soy Belial.
SIMON. Buen provecho.
BELIAL. Yo con mi poder dispongo
de cuanto Ofir y la Arabia
tienen en ricos tesoros.
SIMON. Está bien; por muchos años.
BELIAL. Qué ¿no ambicionas tú el oro?
SIMON. No diré que no me gusta;
pero eso es segun y cómo.
BELIAL. ¿Y tu mujer?
SIMON. ¿Mi Rebeca?
Mas que el comer; yo respondo.
Mi mujer por una dracma
se deja sacar un ojo.
BELIAL. Pues bien, en tu mano tienes
ser muy rico, poderoso.
SIMON. ¿Y á cambio de qué? (Ap.) Este diablo
me va tentando de un modo...
BELIAL. Muy poco es lo que te exijo.
SIMON. Pues, si me exiges muy poco,
explícate sin rodeos.
Quizás haremos negocio.
Habla: ¿qué puedo yo darte?
BELIAL. El alma.
SIMON. Arre allá! Demonio!
Ya ves, si te doy el alma,
¿qué haré con el cuerpo solo?
BELIAL. No te la exijo en el acto.
Con ella y el cuerpo todo
gozarás mientras que vivas.
SIMON. Ya! y luego en cerrando el ojo...
BELIAL. Me la llevo.
SIMON. No me agrada.
Déjame marchar, que noto
que es tarde y Caifás, mi amo,
para hacer un buen rescoldo;
ha menester de esta leña.
BELIAL. No te irás. (Deteniéndole.)
SIMON. ¡Ay!
BELIAL. Yo me opongo.
SIMON. Si no me acomoda el trato.

Déjame. Nada forzoso
es bueno. (Hace que se va. Belial le amenaza.)

BELIAL. Si no te aguardas,
una costilla te rompo.

SIMON. ¡Ay, si fuera esa costilla
la que causa mis enojos,
rompiérasla en hora buena
y yo seria dichoso.
Una idea se me ocurre.

BELIAL. Habla.

SIMON. En cambio del tesoro
que me hayas de dar, te ofrezco,
si te agrada, cual supongo,
el alma de mi Rebeca.
¿Te conviene? Yo respondo
de entregártela al contado.

BELIAL. No.

SIMON. Pues sales ganancioso,
porque yo soy un pobrete
y ella... Bien lo dicen todos,
tiene mi mujer mas alma
que diez hombres juntos.

BELIAL. Loco
fuera yo si hiciera un pacto,
dandome en él para cobro
lo que hace tiempo que es mio.

SIMON. ¿Su alma ya es tuya? Me asombro...
Pero, es verdad; con su genio
siempre está dada al demonio.

BELIAL. Tú tambien, tarde ó temprano,
bajarás con ella al fondo
del abismo, y tu pobreza
hará que bajes mas pronto. (Pausa.)

SIMON. (Llorando.) Tienes razon! Condenado
me tiene con sus antojos,
que satisfacer no puedo
aunque sudo y me deslomo.
Dices que he de condenarme
del uno y del otro modo;
si rico, por mi capricho;
si pobre, por mis ahogos?...
Pues si pobre me condeno

y rico alcanzo lo propio,
llévame; que yendo en coche,
iré siquiera más cómodo.

BELIAL. En señal de nuestro pacto
dame tu mano.

SIMON. (Dándosela.) Ay!

BELIAL. Por poco
te quejas.

SIMON. Si me ha llegado
la quemadura hasta el hombro!
Si son tus manos tenazas!

BELIAL. Bien, ya te solté.

SIMON. ¿Y el oro
que me has ofrecido?

BELIAL. Al punto
que de Luzbel ante el trono
tu obligacion ratifiques,
tendrás inmensos tesoros.

SIMON. Dime ¿y está eso muy lejos?

BELIAL. En las entrañas del globo
que nos sustenta.

SIMON. Del susto
estoy que parezco un tronco.

BELIAL. Vamos!

SIMON. ¿Y si no volvemos?

BELIAL. El tiempo allí será corto.
Vamos, que estoy impaciente.
(Lo arrastra consigo.)

SIMON. Ay! ay!

BELIAL. No valen sollozos
ni gritos.

SIMON. ¡Rebeca mia,
por tí me lleva el demonio!
(Bajan por escotillon y sale una llama.)

ESCENA III.

MUTACION.

Gruta de Luzbel en el infierno. Decoracion sombria, en cuyo centro se alza el trono de Luzbel, rodeado de todos los atributos del mal. Entran con ruidosa

marcha y ocupan las gradas del trono Astarot, Belcebú, el Cojuelo y otros diablos que forman la córte del príncipe de las tinieblas. Junto á estos las Furias y los Pecados Capitales, y en ambos lados demonios con armas y en fila constituyendo su guardia de honor. Música en la orquesta, mientras que todos se colocan en sus puestos.

LUZBEL. ¿Está ya toda mi córte
reunida?
AST. No, señor.
Falta Belial, que á la tierra
fué con una comision
apremiante. Le llamaba
en Judea un leñador
que, pretendiendo ser rico,
contratarse ansiaba.
LUZBEL. ¡Oh!
me alegra que en ese punto
tengamos contratacion.
Parece que ruido siento.
Ve, y asómate, Astarot,
hácia la puerta de entrada.
COJUELO. ¿Quieres que me asome yo?
LUZBEL. Tú eres cojo y tardas mucho.
COJUELO. Maldita pata! El bribon
de Vulcano, mi muleta
debiera acabarme hoy;
mas como es tan perezoso...
AST. Luzbel, ya no hay precision
de preguntar. Allí viene
Belial.
LUZBEL. ¿Viene solo?
AST. No.
Con un mortal á la zaga,
montado sobre un dragon
hácia esta gruta desciende.
LUZBEL. Pues abrid paso á los dos.
(Entran en escena Belial y Simon en la forma indicada. Cuando se apean del monstruo, este desaparece.)

ESCENA IV.

DICHOS, BELIAL, SIMON.

SIMON. Diablo de cabalgadura!
¡Qué viaje tan veloz
hemos hecho! ¡Ay!
BELIAL. ¿Qué te pasa?
SIMON. Que por fuerza un desollon
traigo en las asentaderas,
segun es grande el dolor
que en ellas siento.
LUZBEL. Avanzad.
BELIAL. El rey nos llama, Simon.
SIMON. ¿Hay aquí rey?
BELIAL. Allí en su trono
sentado está.
SIMON. Vive Dios!
que el trono es poco envidiable!
¡Qué horrible es esta mansion!
¿Qué sitio es este?
BELIAL. El infierno.
SIMON. Y en verdad que hace calor
en él. Yo ya con mi túnica
sudando á chorros estoy.
LUZBEL. ¿Qué haceis que no os acercais?
¡Voto á mi primer legion
de condenados!
BELIAL. Ven pronto.
SIMON. ¡Qué impaciente es el señor! (Se acerca.)
(Ap.) ¡Uy! qué gente le rodea!
Claro, segun el meson...
LUZBEL. Llega y dobla la rodilla.
SIMON. Ya llego y doblo las dos. (Lo hace.)
LUZBEL. ¿De dónde eres? ¿Á qué vienes?
¿Cómo te llamas?
SIMON. (Levantándose.) Si no
me preguntais mas despacio,
no daré contestacion.
LUZBEL. ¿Quién eres?
SIMON. (Muy deprisa.) Soy un judio

de la tribu de Nacor,
y he nacido en Galilea;
por nombre tengo Simon,
y en casa de Caifás sirvo,
y es mi oficio leñador,
y tengo treinta y un años
y cumpliré treinta y dos
cuando los higos maduren,
pues mi madre me parió...

LÚZBEL. (Interrumpiéndole.)
¡Basta!

SIMON. ¿Basta? Pues ya callo.
No se incomode el señor.

LUZBEL. Dí, mortal, ¿qué novedades
hay por aquella region?

SIMON. ¿Novedades? Las de siempre.
Los pueblos en rebelion,
cascándose unos á otros
que el verlos es un primor.
El que lo tiene lo come,
y el que no se da un limpion.
Los ricos son los que mandan,
porque el oro allí es un dios.
Todo el que gobierna un dia
saca una contribucion;
viene otro y saca otra,
ya pueda pagarse ó no;
hay mas ladrones que piedras;
no hay justicia, ni pudor,
ni vergüenza, ni dinero;
no hay mas que una confusion
en que ninguno se entiende,
y solo se oye una voz
en que estan todos conformes,
pues dicen, y con razon,
que anda la cosa tan mal
que no puede andar peor.

LUZBEL. ¿Y qué buscas?

SIMON. ¿Que qué busco?
(Á Belial.) Díselo tú, porque yo...
maldito si ya me acuerdo.

BELIAL. Por eludir el rigor

de la pobreza, y ser rico,
el alma me prometió,
y á ratificar le traigo
ante tí su obligacion.

LUZBEL. Tienes amor al infierno?

SIMON. Creo que le tengo amor,
porque me casé hace un año.

LUZBEL. No tenias precision
entonces de incomodarte
ni bajar á esta mansion.

SIMON. Es verdad, que el ser casado
es el infierno mayor.

LUZBEL. Tu mujer es jóven?

SIMON. Jóven.

LUZBEL. ¿Y hermosa?

SIMON. Lo es como un sol,
cuando no riñe conmigo;
que entonces no es mas feroz
ni mas terrible una hiena.

LUZBEL. ¿Frecuentes sus riñas son?

SIMON. De las veinticuatro horas,
en comer invierte dos,
diez en dormir, que son doce,
y las demas en rigor
son las únicas que invierte
en mi mortificacion.
Conque ya veis que no es mucho.

LUZBEL. Teneis hijos?

SIMON. No, señor.
No tenemos mas que un perro
y un gato. ¡Símbolo atroz
de nuestra eterna concordia!
Cuando mi Rebeca y yo
damos á la riña treguas,
arman ellos la funcion.

LUZBEL. ¿Y por qué riñe tu esposa?

SIMON. Porque otras visten mejor.
Porque no tengo dinero...
y... os lo diré en conclusion:
porque desde el primer dia
de nuestra feliz union,
hombre pobre y pobre hombre,

no me ha ayudado el valor
para coger una estaca
y echarle abajo un alon.

LUZBEL. (Á Belial.) ¿Está esa mujer en lista?

BELIAL. Casi desde que nació.

LUZBEL. Bórrala, que no la quiero.

SIMON. Si es un demonio, señor!

LUZBEL. Sí, pero de esos demonios
tenemos ya aquí un millon.

SIMON. Pues es lástima.

LUZBEL. En la tierra
nos dará fruto mayor.

SIMON. Se me olvidaba deciros,
que aunque su genio es feroz,
si habla con Caifás, mi amo,
se muda su condicion;
y es blanda como la cera,
cándida como una flor,
y mansa como un cordero,
y tierna como un pichon.

LUZBEL. Acepto contigo el pacto,
y á ratificarlo voy.
(Á Belial.)
Á este infeliz, de los mártires
ponle en el escalafon.
(Alto.) Traigan al punto un estilo
y una tabla. Desde hoy,
de oficio me perteneces,
aunque hace tiempo, Simon,
que ya eras uno de tantos.
(Trae un diablo lo que Luzbel pide.)
Firma.

SIMON. Me embarga el temor...

LUZBEL. Firma, te digo!

SIMON. Ya firmo.
(Lo hace. Luzbel entrega á Astarot la tabla.)

LUZBEL. Lleva al archivo, Astarot,
esta tabla; y que le entreguen
cien talentos.

SIMON. Mi ambicion
no se remontaba á tanto!
¡Qué rico, qué rico soy!

Ahora sí que mi Rebeca
me querrá!

LUZBEL. Sin dilacion
colocadle las insignias.
Y para pobrar mejor
la alegria del infierno,
haya baile y diversion,
antes que á la tierra vuelva
nuestro aliado.
(Colocan á Simon cuernos y cola.)

SIMON. Señor,
miradme. ¿Con este adorno
dónde me presento yo?

LUZBEL. Mientras estés en la tierra,
será invisible.

SIMON. ¡Oh amor
de Rebeca! oh sed de oro!
Costosa es la adquisicion;
mas me consuela que hay muchos
que se encuentran como yo;
y como no lo ve nadie
lo llevan sin aprension.
(Sientan á Simon á los pies del trono de Luzbel, y los demonios bailan. Concluido el baile, Belial conduce á Simon fuera de la caverna, entregándole un bolso con dinero, y Luzbel se dirige á los suyos con tono solemne.)

BELIAL. Simon, volvamos al mundo.
Nuestro eres ya desde hoy.

SIMON. Sí, pero vamos andando,
que hace aquí mucho calor.
(Vánse. Á su salida, algunos compases en la orquesta.)

ESCENA V.

DICHOS, MENOS SIMON y BELIAL.

LUZBEL Hijos de la soberbia y del orgullo,
enemigos del cielo y de la tierra,
que por vicios y crímenes llevados

sosteneis con honor nuestra bandera,
rebeldes para Dios y humildes solo
ante el poder que en el abismo reina:
el feroz regocijo que me inflama
en gozo horrible vuestro pecho encienda.
Mensajeros del mal, que odio y rencores
sembrais con vuestro aliento por do quiera;
Astarot, Belcebú, fieros caudillos
triunfantes siempre en nuestra lucha eterna
y vosotras, deidades del averno,
Avaricia, Lujuria, Ira y Soberbia,
alzad al cielo las crispadas manos;
contra Dios desatad la impura lengua,
y escupiendo á la vez hiel y ponzoña,
canto de triunfo y maldicion horrenda
la victoria publiquen del infierno,
que consumada está por vez postrera.
La humillacion de Dios es ya notoria;
él, para darnos con su hechura afrenta,
á su imágen creó en el Paraiso
dos seres de sublime inteligencia.
Con su poder allí luchó mi astucia,
y mi astucia triunfó con gloria nuestra.
No contento Jehová con la derrota,
quiso hacer con sus hijos otra prueba,
y el perdon ofrecióles de su culpa,
si ganaba el perdon la penitencia.
Set y los suyos hácia Dios volvieron,
tímido el rostro, á proseguir su huella;
mas Cain y sus hijos la borraron,
y al fin la humanidad fué nuestra presa.
Jehová quiso otra vez mostrar su enojo
de Adan contra la ingrata descendencia,
y entre las turbias aguas del diluvio
toda la aniquiló su ira tremenda.
Toda no; que en el mundo una familia
grata á sus ojos fué; creyó con ella
el triunfo conseguir, y entre la tablas
de un arca colosal dió á su existencia
refugio contra el mar embravecido,
que entre sus olas sepultó la tierra.
Inútil afanar! el escarmiento

muy pronto conseguí que estéril fuera.
Noé, Sem y Jafet, luchan en vano
por sembrar la virtud; y á su presencia,
donde quiera que un brote al aire asoma,
Cam con sus manos lo destruye ó siega,
y el vicio triunfa y la maldad y el dolo
de la tierra otra vez se enseñorean.
Moisés, bravo caudillo, un pueblo escoge;
con él regenerar el mundo intenta,
y el pueblo de Israel, el elegido,
ante el becerro de oro se prosterna
y á Luzbel en los ídolos adora
que mi astucia invencible le presenta.
Buda y Brama dominan en Oriente;
en el Norte los Druidas imperan,
Júpiter, Baco, Venus y Saturno
deidades son que el Occidente inciensa,
y en el resto del mundo me tributan
culto exclusivo, adoracion perpétua, [buho
ya en forma de un reptil, ya en la de un
ya en la del sol, la luna ó las estrellas.
¿Qué le queda á Jehová? solo un puñado
de gente vil, estúpida y abyecta,
que fiada en las locas esperanzas
que en su mente infundieron los Profetas,
aguardan un suceso ya imposible
en un pobre rincon de la Judea.
Ya ese rincon las águilas romanas
entre su garra formidable estrechan,
y el arca de David y el templo infausto
que allá en Jerusalen solo se ostenta,
á mis dioses al fin, al paganismo
abrirá pronto las doradas puertas.
La luz entonces quedará extinguida
y podremos cantar en las tinieblas:
¡Triunfó Luzbel!¡

TODOS. ¡Sí! sí!

LUZBEL. ¡Triunfó el infierno!
Mia es la humanidad! mia es la tierra!

(Rompimiento en el foro, donde aparece Miguel entre nubes rodeado de una luz vivísima. Música suave en la orquesta.)

ESCENA VI.

DICHOS, MIGUEL.

MIGUEL. Insensato, llegó el dia
de ver tu frente humillada,
tu soberbia castigada
é impotente tu osadía.
Si hasta aquí la humanidad
sufrió tu ominoso yugo,
porque al Dios Eterno plugo
castigar su iniquidad;
Hoy las puerta de Sion
cerradas por el pecado,
al hombre desventurado
abrirá la redencion.
Pronto tu nefanda huella
del mundo se borrará,
y el Mesias nacerá
de humilde y pura doncella.
De tus legiones en pos,
Luzbel, baja á lo profundo.
Tu reino acaba en el mundo,
que va á empezar el de Dios.
(Miguel desaparece.)

ESCENA VII.

DICHOS, menos Miguel.

LUZBEL. ¡Oye, detente, Miguel!
Huyó! Y contenerme puedo!
Ya lo veis, le causa miedo
la mirada de Luzbel.
No, llegar no puede el dia
de ver mi frente humillada,
mi soberbia castigada
ni impotente mi osadia.
Si hasta aquí la humanidad
sufrió de Luzbel el yugo,
Luzbel será su verdugo

por toda la eternidad.
Y las puertas de Sion,
cerradas por el pecado,
al hombre desventurado
no abrirá la Redencion.
Tan profunda es nuestra huella
que borrarla no podrá
ese Ser que nacerá
de humilde y pobre doncella.
De ese Mesias en pos
vamos con odio profundo.
Nuestro es para siempre el mundo!
Nunca en él reinará Dios!

(Movimiento general. Ruido de armas. Música guerrera. Cuadro muy animado. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un vestíbulo en la casa de Simon, cerca de Belen. Á un lado el hogar encendido; al otro, un banco. Junto al hogar escaños toscos.

ESCENA PRIMERA.

SIMON, REBECA, ISABEL, MARIA, MATEO, ANDRÉS y PASTORES de ambos sexos.

Al levantarse el telon, Simon y Rebeca, ricamente vestidos, aparecen sentados hácia el foro, en segundo término, mientras en el primero bailan los pastores. El diálogo empieza, concluido el baile, que será de corta duracion.

SIMON. Bien, hijos mios, muy bien.
Estoy loco de contento,
y mi Rebeca lo mismo.
¿No es verdad, dulce embeleso?
pichona mia?

REBECA. ¡Ay, palomo!
rebosando está mi pecho
de placer por este grato
y cariñoso festejo,
que el cumpleaños celebra
hoy de nuestro casamiento.

ISABEL. Vecina, no he visto un cambio
en mi vida mas completo.

REBECA. ¿Cambio? No se de qué hablas.

ISABEL. Pues de cuál, sino del vuestro?
Simon y tú, hasta hace poco

erais un gato y un perro;
no teniais paz ni una hora;
vuestra casa era un infierno...
pero desde que sois ricos,
sois de esposos un modelo.

SIMON. Vecina, aquello era en broma,
cuando nos estaban viendo;
pero á solas... mi Rebeca
de amor fué siempre un portento.
¿Verdad, corderilla mia?

REBECA. Es mucha verdad, borrego.

MATEO. Simon: y... aunque mal pregunte:
¿dónde has hallado el dinero
para comprar esta casa,
las ovejas y corderos
y el campo en que los mantienes?

IMON. (Tocándose la frente.)
Que de dónde? Es un secreto.

MATEO. Mira que el pueblo murmura.
Yo soy tu amigo, y no debo
callar lo que de tí dicen.

SIMON. Bah! deja que hablen los necios.

REBECA. La envidia que se los come.

SIMON. Claro.

REBECA. Si tuvieran ellos
lo que aquí mi Simon tiene...
(Señalando á la frente.)

SIMON. (Ap.) ¡Si asomará algo de aquello!

MATEO. Como Caifás es muy rico...
y ella... y tú...

SIMON. Por eso mesmo
dejamos los dos su casa.
¡Noramala para el viejo!
Lo que yo tengo es ganado
por mí con mi cuenta y riesgo,
y como á nadie le importa,
y lo tengo porque quiero,
en lo que yo tenga, nadie
tiene que mezclarse ¿es cierto?
porque si tuve ó no tuve,
como que á nadie le debo,
nadie tiene que meterse

en lo que vaya teniendo;
porque al fin, yo soy quien soy,
pues, y tengo lo que tengo,
y á ningun alma de cántaro
le doy vela en este entierro.

MATEO. Me has dejado convencido.

ANDRÉS. Y á mí.

ISABEL. Yo no me convenzo.

MARIA. Ni yo.

ISABEL. Tonta, mas no tanto
que vaya á chuparme el dedo.
Hace dias, mi marido (Á Rebeca.)
y el tuyo juntos salieron
para ir por la leña al monte
con otros cuantos. El tiempo
estaba, segun me han dicho,
sin nubes, claro y sereno;
pero no sé qué palabras
este ó los otros dijeron
para invocar al demonio,
que turbio se puso el cielo,
y entre los truenos y rayos
este apareció al momento.
Simon se quedó con él
mientras los otros huyeron,
y desde entonces le sobra,
para gastar, el dinero.

MATEO. Vamos, ¿qué dices, Simon?

SIMON. Qué digo? Que eso es un cuento.

MATEO. Pues dí: ¿cómo en cuatro dias
tan poderoso te has hecho?

SIMON. Porque he heredado en Betsaida
á un sobrino de mi suegro
que era primo de un cuñado
de un pariente de mi abuelo,
que se casó con la nuera
de un hermano de su yerno,
el cual, por no tener hijos,
me dejó en su testamento
por legatario, albacea
y universal heredero,
por ser yo, como sobrino

del hermano de su suegro,
el pariente mas cercano
de la cuñada del muerto.

MATEO. Hablaras desde el principio!
Ahora sí que lo comprendo.

REBECA. Mi marido será un asno
en lo mansote y lo bueno;
pero en rectitud no cede,
tratándose de dinero,
al mas honrado entre los
escribas y fariseos.

SIMON. Dice muy bien mi Rebeca.
¡Sí, pues bonito es mi genio!...

MATEO. Dime, hablando de otra cosa.
¿Qué te parece el decreto
del César, que ahora nos manda
ir cada cual á su pueblo
natural á empadronarse?

SIMON. Que qué me parece? Un medio
para sacarnos despues
la mosca. Es claro, en sabiendo
que yo me llamo Simon
y tú te llamas Mateo,
dónde vives, dónde vivo,
lo que tienes, lo que tengo,
y otras averiguaciones
que estan ademas haciendo,
mañana van á tu casa:
—Paga el tributo.—No puedo.
—Lo manda el César!—¿Qué importa,
si yo no tengo dinero?
—Busca.—¿De dónde lo saco?
—El César no entiende de eso.
Y como el César lo manda,
tienes que aprontarlo luego,
porque, si no, los sayones
te agarran por el pescuezo
y se te llevan el asna,
ó la mujer, que es lo mesmo,
y la túnica te venden,
aunque te quedes en cueros.

MATEO. Has ido tú á empadronarte?

SIMON. Ya estuve ayer.
ANDRÉS. ¿Y qué es eso!
SIMON. Nada. Llegas, te preguntan
tu nombre, tu tribu, y luego,
te apuntan, pagas, te largas,
y, si te vi, no me acuerdo.
MATEO. Así por esos caminos
va tanta gente!
SIMON. Ya el tiempo
se cumple, y al que no cumpla,
lo agarran, sin cumplimientos,
y una cumplida paliza
le dan, su deber cumpliendo.
ISABEL. Y algunos van, que da lástima.
¿Conoceis á un carpintero
que está en Nazaret casado
con una jóven, portento
de virtud...
SIMON. Sí. ¿Con Maria?
Es honrado y buen sujeto.
¿Qué le pasa?
ISABEL. Que ayer tarde
han salido de su pueblo
para Belen. ¡Pobrecillos!
No llevan ni un mal jumento,
y ella, la infeliz, va en cinta;
y como al fin está lejos,
van despacio... muy despacio...
Mueve á compasion el verlos.
La pobre niña tan buena!...
Si yo tuviera dinero...
REBECA. Ella se tiene la culpa
por casarse con un viejo
que ya trabajar no puede,
teniendo tantos mancebos
que por casarse con ella
bebiendo andaban los vientos.
ISABEL. Ella, en casarse, no hizo
sino obedecer al cielo,
que la vara de José
entre todas floreciendo,
se lo indicó por esposo.

REBECA. ¿Y se queja?
ISABEL. No por cierto.
Vive con él tan dichosa,
y él es con ella tan bueno,
que dicha como la suya
no la hay en el universo.
SIMON. Pero van á pie.
MATEO. Está claro,
porque no hay otro remedio.
REBECA. Pues yo, la plata y el oro
es la dicha que apetezco,
que donde anda la pobreza
todo lo demas es cero.
ISABEL. (Ap.) ¡Miren la que ayer estaba
con su marido sirviendo,
qué humos tiene ya de rica!
¡Ay, cómo cambian los tiempos!
(Llaman á la puerta.)
SIMON. ¿Qué es eso?
REBECA. Á la puerta llaman.
SIMON. Veré... (Dirigiéndose á la puerta.)
REBECA. Pregunta primero
quién es, que hay muchos ladrones,
y como en casa tenemos
lo que ellos andan buscando...
(Váse Simon y vuelve.)
El que es rico, ni aun el sueño
puede disfrutar tranquilo.
Los pobres tienen al menos
esa fortuna. (Á Simon, que vuelve.)
¿Quién era?
SIMON. Un rico y noble viajero
que viene con un esclavo,
y sin duda tienen miedo
de que en el camino salgan
y los roben. El sendero
han perdido y me suplican
que les dé albergue.
REBECA. Al momento.
Rico y noble! Lo que extraño
es cómo no le has abierto.
El rico en casa del rico

debe hallar alojamiento.
ANDRÉS. Ea, pues nosotros nos vamos.
MATEO. Yo, ya es muy tarde y me quedo
con mi esposa, si no hallais
un inconveniente en ello. (Á Rebeca.)
REBECA. Ninguno, grande es la casa
y hay sobrados aposentos.
(Vánse los Pastores, con Annrés y Maria. Simon los acompaña y vuelve con Luzbel y el Cojuelo.)

ESCENA II.

SIMON, REBECA, LUZBEL, el COJUELO, MATEO é ISABEL.

MATEO. Y está la noche muy fria.
REBECA. Va á nevar, segun parece.
ISABEL. Mañana, nuestro rebaño
salir á pastar no puede.
MATEO. Se les da en el redil heno.
ISABEL. Dime, ¿y la mula y el buey
que en el portal se han quedado?
MATEO. Lleno les dejé el pesebre,
y eso... algo abriga.
ISABEL. El portal
es frio; ni aun puertas tiene.
MATEO. Cuando vendamos la lana,
buscaremos quien las eche.
SIMON. (Á Luzbel y el Cojuelo, que entran disfrazados. El primero con traje rico, el segundo humilde.)
Pasad, pasad adelante.
COJUELO. ¡Qué copos caen de nieve!
Buenas noches.
TODOS. Buenas noches.
SIMON. (Ap.) Esa cara... Me parece
que yo le conozco...
REBECA. Asiento
tomen al fuego, si quieren.
LUZBEL. Gracias. Yo no tengo frio.
COJUELO. Ni yo.
MATEO. (Ap. á Isabel.)
Chica y qué mal huelen
estos prójimos!

ISABEL. (Id.) Á azufre.
Quizás tendrán sarna.
MATEO. (Id.) Puede.
REBECA. (Ofreciéndoles asiento.)
¿Venis de lejos?
LUZBEL. Muy lejos.
REBECA. ¿De Jerusalen?
SIMON. (Ap.) Y este...
Vamos, si yo le conozco.
REBECA. Venis de Oriente ó Poniente?
COJUELO. Venimos de nuestra tierra.
REBECA. ¿Y está lejos?
COJUELO. Diez y siete
millones de estadios.
SIMON. Cáscaras!
Diga, ¿y qué pais es ese?
COJUELO. (Señalando á Luzbel.)
Es de mi señor el reino.
Allí ha dejado un regente
y viene aquí á correr córtes.
REBECA. ¡Cómo! es un rey y á pie viene?
COJUELO. Caprichos! aunque mi amo
pocos minutos invierte
en andar ese camino.
MATEO. (Ap.) Magos son.
ISABEL. (Id.) Hechizo tienen.
SIMON. Lo del amo lo comprendo,
porque si quiere, bien puede
correr; pero tú...
COJUELO. Aunque cojo,
no me quedo atrás.
SIMON. Parece
que el amo no tiene ganas
de hablar mucho.
COJUELO. Mi amo á veces
se está sin hablar cien años;
mas, como la lengua suelte
no hay quien á callar le obligue.
SIMON. (Ap.) Qué extrañas son estas gentes!
Y yo al uno... no sé dónde;
pero... mis ojos no mienten.
Yo le he visto en otra parte.

REBECA. Hay lecho blando y caliente,
si habeis menester reposo.
COJUELO. Lo que es mi amo nunca duerme,
ni yo.
SIMON. ¡Cosa mas extraña!
REBECA. ¿Y qué causa los impele
á venir por la Judea?
COJUELO. Nosotros andamos siempre
corriendo el mundo.
SIMON. (Ap.) De fijo
que yo le conozco á este.
REBECA. ¿Y hácia dónde vais ahora?
COJUELO. Adonde mi amo me lleve.
REBECA. ¿Y cuándo partis?
COJUELO. Mañana.
MATEO. Decid antes: si Dios quiere.
LUZBEL. ¡Brrr! (Especie de rugido.)
COJUELO. ¡Brrr! (Id.)
REBECA. ¿Qué les habrá dado?
COJUELO. Es que las muelas nos duelen.
ISABEL. Dios los alivie.
LUZBEL.. }
COJUELO. } ¡Brrr!!! ¡Calla!
MATEO. (Ap. á Isabel.)
Que á Dios se nombre, les duele.
Esta gente no me gusta.
ISABEL. (Id. á Mateo)
Ni á mí.
MATEO. (Id.) Si de dia fuese,
nos marchabamos á casa.
¡Chica, vaya un par de nenes!
SIMON. (Ap.) ¿En dónde le habré yo visto?
LUZBEL. (Con voz de trueno y levantándose.)
¡En los infiernos! Y déjese
de mas investigaciones,
que ya me cansan!
SIMON. Parece,
segun el tono, que aquí
se han trocado los papeles.
LUZBEL. ¿Por qué?
SIMON. Porque esta es mi casa;
porque en ella soy yo el jefe,

y aquí ninguno alza el gallo
mas que yo! Á ver si lo entiende.

LUZBEL. Yo alzo el gallo y la gallina,
y el pollo, si me conviene, (Amenazándole.)
y al que se oponga, lo agarro
y lo estrangulo! (Lo coge del cuello.)

SIMON. ¡Ay! Valedme.

REBECA. Pero ¿qué es esto? ¿Qué es esto?

SIMON. Ay!

REBECA. (Al Cojuelo.) Decidle que lo suelte,
que es mi marido!
(Luzbel lo suelta y vuelve á sentarse.)

COJUELO. Esta es tonta.
Por eso alegrarte debes.
(Llaman á la puerta.)

MATEO. Llamando estan.

ISABEL. (Con ironia.) Anda á ver
si son ricos y entrar quieren.
(Váse Mateo y vuelve luego.)

REBECA. Valiera mas que en la calle
á los dos dejado hubiese..
¿Quién es?

MATEO. (Volviendo.) Un lindo mancebo
que hablar con Simon pretende.

SIMON. Sí; para conversaciones
estoy yo.

ISABEL. Dile que entre.

MATEO. Pasad, mancebo.
(Miguel se presenta en la puerta disfrazado.)

LUZBEL.. } (Ap.) ¡Miguel!
COJUELO. }

LUZBEL. (Id.) ¡Maldito sea mil veces!

ESCENA III.

DICHOS, MIGUEL, en traje humilde.

MIGUEL. Dios os bendiga, honrados labradores.

ISABEL. Con él venga el mancebo.

SIMON. (De mal humor.) ¿Qué hace falta?

MIGUEL. Que yendo hacia Belen, en el camino,
y llegando ya cerca de esta casa,

dos pobres viajeros he encontrado
en situacion tristísima y aciaga.
Él es un noble anciano, ella una jóven
de humilde porte y de belleza rara;
cuyo semblante anuncia la pureza
y virtud de que su alma está adornada.
Con la nieve y el frio de la noche
siguen á pie la senda solitaria
que conduce á Belen, y en vano buscan
quien les conceda albergue en su morada.

ISABEL. Pobrecitos!

MIGUEL. La jóven se halla en cinta,
y al momento del parto está cercana.
Nadie, por pobres, recibirlos quiere;
su anciano esposo se deshace en lágrimas,
y nadie presta á su dolor alivio,
nadie se duele de su pena amarga.

(Luzbel y el Cojuelo hablan al oido á Simon y Rebeca)

Dadles amparo, y el Eterno os premie
tan grande caridad.

REBECA. Siento en el alma
no poder socorrer, como quisiera,
del anciano y la jóven la desgracia:
pero tengo estos húespedes honrados,
y la casa es pequeña.

MIGUEL. No hace falta
mas que un rincon, donde pasar la noche;
donde la nieve encima no les caiga.
Á un lado del hogar, en ese banco;
ni aun el banco siquiera, el suelo basta.

SIMON. Qué dices tú, Rebeca?

REBECA. Que son pobres,
y admitir tales gentes no me agrada.

MATEO. (Á Isabel.)
Desgraciado del pobre! Así en el mundo
por todas partes con horror nos tratan.
¿Quieres que le ofrezcamos nuestra choza?

ISABEL. Ofreciérala yo de buena gana,
pero á salir de aquí ya no me atrevo.

MIGUEL. ¿Qué decis? ¿vuestro pecho no se ablanda?

REBECA. No os canseis mas.

SIMON. Decidles que allá abajo
hay un meson donde quizás les abran;
que la gente de poco mas ó menos
suele parar allí.

MIGUEL. Muévaos á lástima
el ver que la infeliz andar no puede,
y que va á perecer.

SIMON. (Á Rebeca.) ¿Qué hacemos? Habla.

REBECA. Que vayan á buscar por otro lado,
que la casa de un rico, no es posada
para albergue de pobres. ¿Me comprende?

SIMON. Eh! basta ya de reflexiones vanas.

MIGUEL. (Cambiando de tono.)
Sí, basta ya; que el que en su hogar alberga
al que tu accion inspira y tus palabras,
presa es ya del infierno, y el demonio
por él y en él la caridad rechaza.
(Dirígese á Luzbel.)
Sal ya de ese rincon, Luzbel maldito!
Arroja de una vez la horrible máscara,
y ven á sostener la nueva lucha
en que por siempre humillaré tu audacia.

LUZBEL. ¡Oh furor!
(Descubriéndose y transformándose su traje en el de demonio. Simon, Rebeca, Isabel y Mateo huyen aterrorizados.)

MIGUEL. (Descubriéndose y transformándose tambien su traje.)
Soy Miguel; ya me conoces,
sabes tambien el temple de mis armas,
y tu inmunda cerviz pronto, muy pronto,
humillada será bajo mis plantas.

LUZBEL. Lo veremos, Miguel!

MIGUEL. Esa doncella
que excita tu rencor, tu inútil rabia,
entre el hombre y su Dios vínculo eterno,
será el amparo de la especie humana.
Su seno abriga al Redentor del mundo,
rey de reyes, monarca de monarcas,
cuyo reino sin fin, dura cadena
echará para siempre á tu garganta.

LUZBEL. Deja, Miguel, que á mi sabor me ria
de esa tu loca y mísera jactancia.

Mio el triunfo será; y esa doncella,
en que fundas del hombre la esperanza,
doblará ante el infierno la rodilla
ó será entre la nieve sepultada.
¡Á mí, legiones del profundo averno!
(Húndese con el Cojuelo. Llamas y truenos.)

MIGUEL. Ángeles del Señor, tended las alas
sobre el humilde albergue que á Maria
hoy los designios de Jehová preparan.
(Váse.)
(Música en la orquesta, durante la

MUTACION.

Salon de audiencia en el palacio de Herodes. Marcha triunfal á la entrada de este, que se presenta con gran aparato de cortesanos y guerreros.

ESCENA IV.

HERODES, sentado en su trono, SACERDOTES PAGANOS, idem JUDIOS, PUEBLO, SOLDADOS, MINISTROS DE HERODES.

MINIST. Pueblo romano y hebreo,
se da principio á la audiencia.
HOMB. 1.° Hablo yo?
MINIST. Sí; mas sé breve
al presentar tu querella.
HERODES. ¿Qué quieres?
HOMB. 1.° Vengo á quejarme
de que yo tengo una huerta,
y ayer dos de tus sayones
por fuerza entraron en ella,
y sobre si no tenia
pagado el tributo al César,
se llevaron á mi esposa,
cual si ella tributo fuera,
y á mí me hartaron de palos.
HERODES. (Al Ministro.) ¿Esa acusacion es cierta?
MINIST. Eso pasa cada dia,
señor, y nadie se queja.
HERODES. Que se remedie el escándalo.
MINIST. Señor, ¿y quién lo remedia?

Si alguno de tus ministros
en evitarlo se empeña,
como los sayones tienen
mas libertad y mas fuerza,
obran conforme á su antojo,
y hasta amenazan... y pegan.

HERODES. Basta; yo veré si puedo
evitar esas licencias.

MUJ. 1.ª Ahora voy yo. Á mí me toca.
(Abriéndose paso.)

HERODES. Habla.

MUJ. 1.ª Yo soy una hebrea
por mi esposo abandonada
sin que causa justa hubiera.
Quejéme al gran sacerdote
Caifás; le conté mis penas,
y él prometió, si le daba
tres corderos como ofrenda,
que mi esposo volveria.
Se los dí, y á la hora esta,
ni mi esposo ha vuelto á casa,
ni hay señales de que venga.

HERODES. ¿Y qué pides?

MUJ. 1.ª Que sabiendo
que Caifás en una fiesta
los corderos se ha comido,
sin cumplirme su promesa,
que mis corderos me pague
ó mi marido me vuelva.

HERODES. (Al ministro.) ¿Qué previene la costumbre
en casos iguales?

MINIST. Que ella,
si en la queja insiste, acuda
al Sanhedrin con la queja.

MUJ. 1.ª Señor, si allí son á un tiempo,
por una costumbre añeja,
parte y juez los sacerdotes,
¿cómo justicia se espera?

HERODES. (Al Ministro.) Si eso es verdad, ¿qué recurso
al que reclama le queda?

MINIST. No entregarle mas corderos,
callar y tener paciencia.

(Herodes hace una señal y la mujer se retira dando muestras de disgusto.)

ESCENA V.

DICHOS, LUZBEL, SIMON, el COJUELO.

LUZBEL. Oye, Herodes poderoso,
de los príncipes lumbrera,
digno de ceñir tus sienes
con la corona del César.
Oid, varones insignes,
sacerdotes de Judea,
ministros de las deidades
que en el alto Olimpo reinan;
oid, para que la astucia
en la quietud no os sorprenda.

HERODES. Qué bien habla este extranjero. (Rumor.)
Callad. Prosigue tu arenga.

LUZBEL. Ya sabeis, pues es notorio,
que hace tiempo los Profetas
anunciaron que un Mesias
ha de venir á la tierra,
á traer nuevas costumbres,
nuevos dioses, leyes nuevas,
destruyendo cuanto existe
de nuestras santas creencias.
Ya de Daniel las palabras
hay algunos que interpretan,
diciendo que en estos dias
nacerá en humilde esfera
el que será Rey del mundo,
y en su cólera suprema,
templos y tronos hollando,
hará que culto le ofrezcan.
Reyes dicen que de Oriente
á adorar su cuna llegan,
y á este suelo se dirigen
guiados por una estrella.
Herodes, cuenta los dias,
Herodes, las horas cuenta
que quedan á tu reinado,
si no acudes con presteza

al remedio de los males
que te amenazan de cerca.
Si el Mesias no ha nacido,
las falanjes turbulentas
que tu autoridad rechazan
y de tu poder reniegan,
del primer advenedizo
abrazarán la bandera.
Si ha nacido, y no le matas,
tu muerte es segura y cierta.

HERODES. ¿Y qué hacer?

LUZBEL. Todos los niños
que hayan nacido en Judea,
de tus valientes soldados
haz que á la cuchilla mueran.
Si entre ellos está el Mesias,
harás que tambien perezca;
si es falso, tu rigor sobra
para que nadie se mueva.
Anoche mismo, un mancebo,
llegado de extrañas tierras,
en casa de este judio,
(Señalando á Simon.)
que cual testigo presenta
mi lealtad, osó decirme
que el tiempo llegado era.

SIMON. Sí, señor; yo soy testigo,
y testiga mi Rebeca,
y un vecino con su esposa
y este cojo y su muleta. (Ruido fuera.)

HERODES. Pero, ¿qué rumor es esse?

MINIST. Señor, el pueblo que llega
en tropel. Tus mismos guardias
detenerle en vano intentan.

HERODES. ¿Y qué es lo que quiere el pueblo?

MINIST. Entre la oleada inmensa
aquí á una mujer conducen.

VOCES. (Fuera.) ¡Que muera la loca!
(Entran todos.)

OTRAS. Muera!

OTRAS. Tiene el demonio en el cuerpo!

OTRAS. Hechizos tiene.

OTRAS Blasfema
de los dioses!
OTRAS. Que la quemen!
OTRAS. Que la crucifiquen!
TODOS. Muera!
(Herodes se levanta é impone silencio.)

ESCENA VI.

DICHOS, la SIBILA, numeroso pueblo.

HERODES. Silencio! ¿Qué pretenden esas turbas?
Que hable uno solo, y los demas, silencio.
HOMB. 2.° que será BELIAL. } Yo lo diré, señor: esta hechicera,
hoy en el átrio del sagrado templo,
blasfemó de los dioses inmortales,
y con impuro labio anunció al pueblo
que ha nacido el Mesias, y que viene
tu trono á derrocar, romper tu cetro.
HERODES. ¿Qué respondes, mujer?
SIBILA. (Con acento inspirado.) Allá en Oriente
fúlgido resplandor alzarse veo,
que el mundo alumbra, y desde polo á polo
de las sombras desgarra el denso velo.
Pronto será la voluntad cumplida
del Padre y el Espíritu y el Verbo.
Allí está... la doncella misteriosa...
Pisan sus plantas del dragon horrendo
la humillada cerviz.. y á un Dios... y hombre
presta su ser su inmaculado seno.
Pobre y mezquino albergue le recibe;
ángeles mil lo envidian desde el cielo.
Allí brota la luz, allí la gracia,
allí la paz, la vida, el bien eterno.
Vedle: ante él los monarcas, los esclavos
iguales son... mas grande el mas pequeño.
Sol de justicia, de su frente brota
la clara luz que inunda el universo.
Doce estrellas, en una confundidas,
esparcen en la tierra sus reflejos;

cuatro columnas místicas sostienen
sagrado libro... sobre el libro un templo:
y el templo crece, y su jigante cúpula
se pierde mas allá del firmamento.
Deidales viles de mezquino barro,
mentiras del Olimpo ó del infierno,
Sinagoga infeliz, en polvo y humo
os torna de ese Sol el sacro fuego. (Rumor.)

HERODES. ¡Oh, dioses! perdonadle su locura.

PUEBLO. ¡Que muera la blasfema!

SIBILA. Pobre pueblo!
Él viene á redimirte y tú le matas.

PUEBLO. Muera!

LUZBEL. (Á Herodes.) Sí, el pueblo pide un escarmiento.
Para aplacar las iras de los dioses,
al templo todos juntos los llevemos,
y ofrezcamos allí por sacrificio
la sangre de esa víctima.
(Señalando á la Sibila.)

SIBILA. (Á Luzbel.) Protervo!
Ellos no te conocen. Ya se acerca
de la verdad el venturoso reino.

VOCES. Que muera!

OTRAS. Al sacrificio!

OTRAS. Al ara!

OTRAS. Al ara!

LUZBEL. Corramos con los dioses y ella al templo.
(Por Herodes.) El rey presidirá la ceremonia.

PUEBLO. Sí!

HERODES. (Al Ministro.) Las órdenes da.

SIBILA. (Arredillada y elevando las manos.)
Gracias, oh cielos!

HERODES. Pues que el pueblo me pide el sacrificio,
yo lo presidiré.

PUEBLO. Viva!!!

HERODES. Marchemos.

(Desciende de su trono. Algunos compases de la marcha en la orquesta. Cuadro muy animado. Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Campo nevado.

ESCENA PRIMERA.

SIMON, REBECA, MATEO, ISABEL y el DIABLO COJUELO, formando un grupo á la izquierda, alrededor de un asno cargado; SAULO, ANA y varios PASTORES y PASTORAS forman otro á la derecha.

SIMON. Aunque luego caminemos
de prisa, aquí haremos alto,
que el estómago está frio
y es menester calentarlo.
Mateo, saca la bota
que en las alforjas del asno
viene, y llama á esos pastores
por si echar quieren un trago.

MATEO. (Á los Pastores.)
Eh, buenas gentes, acudan,
que el odre trae dos cántaros
y hay para todos.
(Saca y les muestra una gran bota.)

SAULO. Se estima.
Vivan felices mil años.

SIMON. Vengan, que la bota es grande.

SAULO. Pues que se empeñan, volvamos. (Vuelven.)
SIMON. (Á los Pastores.)
¿No vais á Jerusalen?
SAULO. Cómo! ¿Hay allí que ver algo?
SIMON. No es nada! Todos los dioses
en solo un templo han juntado,
y es un dia de gran fiesta.
SAULO. Será para los romanos.
SIMON. Tambien el de los judios
está allí representado
por los grandes sacerdotes.
Todos se han dado la mano,
porque en una misma ofensa
fueron todos ultrajados.
El pueblo á casa de Herodes
acudió aterrorizado,
conduciendo una mujer
que, poseida del diablo...
(El Cojuelo le tira de la túnica y Simon se repone.)
ó de otra cosa, es lo mismo,
entre visajes extraños,
dijo mil bellaquerias
de los dioses, anunciando
que todos en polvo y humo
pronto se verán trocados.
SAULO. ¿Y qué?
SIMON. De la Sinagoga
tambien anunció otro tanto,
con una voz... que los pelos
se levantaban en alto.
REBECA. Y habló tambien de los ricos.
SIMON. Y de los reyes y esclavos,
y hasta dijo... que algun dia
han de ser todos hermanos.
Al oir tales blasfemias,
mil voces se levantaron
gritando: «¡Muera la loca!
Muera!» Aquello era un escándalo.
Unos decian: «¡Quemadla!»
Otros: «¡Á la cruz!» Y en tanto,
la pícara, tan tranquila
cual si no fuera el chubasco

con ella. Herodes entonces,
que es rey sesudo y magnánimo,
dijo: «No hay que incomodarse
ni calentarse los cascos
con esos gritos. ¿Qué quiere
el pueblo?» Y un mozo guapo,
amo de este, por mas señas, (Por el Cojuelo.)
que era el que allí alzaba el gallo,
exclamó: «Que haya escarmiento,
y que en un templo juntando
todos los dioses, se ofrezca
como justo desagravio
esa blasfema por víctima,
su sangre allí derramando.»
Y el pueblo gritó: «¡Así sea!»
Y Herodes: «Á ello me allano.»
Y á la mujer al instante
entre las turbas sacaron;
los dioses al templo llevan,
y hoy mismo, dentro de un rato,
la sacrifican. Volveos,
y venid á presenciarlo,
que será muy divertido.
Qué gestos hará y qué ascos,
cuando la acerquen al ara
y sienta elevar el brazo
con la cuchilla que el cuello
le ha de dividir de un tajo!
Venid, que eso es muy curioso
y no lo hay todos los años.
Mi mujer va, y ese y ese. (Señalando.)
¡Qué alegria! Echad un trago,
y vamos, no se haga tarde.

SAULO. Opuesto rumbo llevamos.

SIMON. Pues ¿adónde se encaminan?

SAULO. Hácia Belen.

SIMON. ¿Hay acaso
fiesta en Belen? Por las muestras...
Todos, todos llevais algo...
Uno un cordero, otro un cesto
con tortas, esa un cenacho
con dátiles, aquel uvas,

y dos pichoncitos blancos
esotra.

ANA. Pues todo esto
lo llevamos de regalo.

SIMON. ¿Á quién?

SAULO. Pues qué ¿no os han dicho
lo que en Belen ha pasado?

SIMON. Á mí? no.

MATEO. Ni á mí tampoco.

ANA. Pues estais adelantados
de noticias! No lo saben!

REBECA. (Á Saulo.)
Dínoslo tú.

ANA. Ese es muy sandio
y un poco torpe de lengua,
y no acertará á explicarlo.

SAULO. Pues explícaselo tú
que hablas con mas desparpajo,
mientras nosotros bebemos,
ya que ese empeño han formado. (Beben.)

ANA. Yo lo diré. Esta mañana
(Suelta el cordero y toma una actitud de gran importancia, colocándose en medio.)
estabamos almorzando
migas de leche á la lumbre
de nuestro hogar rodeados.
Nevaba, si Dios tenia
que echar nieve en estos campos.
Dentro del redil se hallaban
los corderillos saltando,
las ovejas apiñadas,
los perros á nuestro lado
con el hocico en la cola
y á nuestros pies enroscados.
El sol no llevaba trazas
de salir á visitarnos,
y alrededor de nosotros,
y á distancia de diez pasos,
el cielo, el suelo y el aire
formaban un lienzo blanco
movible... ó como madejas
de lino recien lavado.

Pero nosotros, tranquilos
con la cuchara en la mano,
sin cuidarnos de la nieve,
comiamos y callabamos,
cuando de pronto se escucha
un rumor dulce y cercano
y una música suave
que nos dejó embelesados.
El campo, el aire y el cielo
de viva luz se inundaron,
cual si estuvieran cien soles
á un mismo tiempo alumbrando.
Sobrecogidos de asombro,
unos á otros nos miramos,
y, sin decirnos palabra,
y las cucharas soltando,
de la cabaña á la puerta
presurosos nos lanzamos.
¡Qué maravilla! Un mancebo,
de blancas nubes cercado,
como un serafin hermoso
y como un ángel gallardo,
de estrellas de oro vestido
y entre las nubes parado,
con una voz, cuyos ecos
en nuestra alma resonaron,
así nos dijo: «Pastores,
»dejad al punto el rebaño,
»y hácia Belen presurosos
»diríjanse vuestros pasos.
»Allí, en un portal humilde,
»entre pajas recostado,
»un Niño recien nacido
»su amor os está brindando.
»Ese Niño es el Mesias;
»los profetas le anunciaron,
»y él viene á librar al mundo
»que del infierno es esclavo.
»Id, pastores, y adoradle;
»que, de vuestro amor en cambio,
»la gloria eterna os ofrece,
»pues de ella es el soberano.»

Esto el mancebo nos dijo,
y por los aires cruzando,
hácia Belen tendió el vuelo,
rayos de su luz dejando.

SAULO. Asimismo ha sucedido.

VARIOS. Nosotros lo presenciamos.

ANA. Y obedeciendo al mancebo,
cogimos estos regalos,
y hácia Belen vamos todos
á ver portento tan raro,
á ofrecerle nuestros dones
y con el alma á adorarlo.

SIMON. ¿Qué decis de esto?

COJUELO. Esa gente
lo vió sin duda soñando,
ó quizás bebieron mucho...

SAULO. Él sí que será el borracho! (Amenazándole.)

ANA. Calla, Saulo, no te pierdas.

SAULO. Quieres ver cómo le agarro
y con su muleta misma
la otra pata le hago cachos?
Llamarme á mí!... Si no fuera
porque á ver al Niño vamos,
yo le diria á ese... tuno,
cuál es aquí el mas honrado.

SIMON. Se acabó! (Tratando de poner paz.)

REBECA. (Á Simon.) Esto nos sucede,
ya lo ves, por rebajarnos
á tratar con pobres.

ANA. Pobres!
Miren la!... Valemos tanto
como el mas rico.

REBECA. Mateo,
coge la bota.

ANA. Mal año!...
Zagales, dadle la bota
y que se la lleve el diablo.
(La toma el Cojuelo.)

MATEO. (Á Isabel.) Isabel, sabes qué pienso?
que es mejor que nos vayamos
con estos buenos pastores
á llevar un agasajo

á ese Niño, que ir ahora
donde estan de los romanos
los dioses, á ver la víctima
que van á inmolar. ¿Qué daño
esa mujer nos ha hecho?
¿Qué dices tú?

ISABEL. Sí, volvamos,
que el camino que estos llevan
es el camino acertado.

SAULO. Venid, y os alegrareis,
que un ángel vino á anunciarlo.

SIMON. Conque... ¿os vais?

SAULO. Sí, buen viaje.

REBECA. Déjalos, Simon, que al cabo
son pobres. Mas vale ir solos,
que ir tan mal acompañados.

PASTS. Á Belen!

REBECA. Vamos al templo.

SIMON. Id con Dios.

PASTS. Id con el diablo.

(Vánse, aquellos por la derecha, estos por la izquierda.)

MUTACION.

El templo de la idolatria, de arquitectura fantástica. Á un lado y otro, sobre altos pedestales, los ídolos mas notables del mundo antiguo y las primeras divinidades mitológicas del pueblo romano, hasta el número posible. En el centro del teatro un ara y la cuchilla para el sacrificio. En el lugar mas conveniente y sobre unos gradas, la silla de Herodes. Al verificarse la mutacion, Bacantes y Silenos bailan en honor de Venus y Baco, que aparecen en primer término. Mientras hablan el Sacerdote de Júpiter y la Sacerdotisa de Vesta, se suspende el baile, continuando la música muy piano.

ESCENA II.

SACERDOTES JUDIOS y PAGANOS, SACERDOTISAS DE VESTA, BACANTES y SILENOS.

SACERDOTE DE JÚPITER.
Apiadaos, deidades olímpicas;
vuestro enojo divino aplacad;
que en el ara del templo la víctima
va su crímen nefando á expiar.
(El grupo de Vastales se dirige á Vesta.)

UNA VESTAL. Las Vestales, doncellas purísimas,
guardadoras del fuego inmortal,
casta diosa, te piden con lágrimas
que te dignes tu enojo aplacar.

SACERDOTE DE JÚPITER.
Con gratas esencias
reguemos el ara. (Lo hacen.)
De incienso y de mirra
la nube sutil
los aires trasciendas,
los dioses se aplaquen,
y el rayo tremendo
no venga á lucir. (Inciensan á los dioses.)
¡Oh dioses inmortales!
oid, oid,
nuestro ferviente ruego;
la víctima admitid.
(Rumor lejano de voces y trompetas.)
Ya coronada viene de flores,
ya el lirio cárdeno brilla en su sien.
Roncas trompetas con sus clamores
anuncian trémulas su fin cruel.
(Cesan el baile y la música.)

ESCENA III.

DICHOS, SIMON, REBECA, el COJUELO y pueblo, que entra apresurado á colocarse cerca del ara. Momentos de confusion.

HOMB. 1.° (Á la derecha.)
Yo ya he tomado un buen sitio.
Desde aquí se ve muy bien.
MUJ. 1.ª (Á la izquierda.)
No se me pongan delante.
Yo tambien la quiero ver.
SIMON. (Á la izquierda.)
Rebeca, pichona mia,
ven aquí á mi lado, ven.
REBECA. ¿Viene pronto?
SIMON. De su casa
dicen que salió ya el rey,
y aquí se acerca.
UNA VOZ. Silencio.
REBECA. ¡Qué bullicio!
SIMON. ¡Qué tropel
de gente! Es claro. Si acude
no solo Jerusalen
en masa, sino los pueblos.
Como que esto no se ve
todos los dias...
REBECA. Simon,
quita de aquí esa mujer,
que delante se me pone.
SIMON. Aparta, hebrea.
MUJ. 1.ª ¿Por qué?
SIMON. Porque á Rebeca, mi esposa,
estas estorbando.
MUJ. 1.ª (Sin moverse.) ¡Pues!
REBECA. No se aparta.
SIMON. No me oyes?
MUJ. 1.ª ¿El templo es tuyo?
REBECA. No, á fe;
pero soy rica, y tú pobre.
MUJ. 1.ª ¡Pobre!... Tú lo eras ayer,

y á Caifás sirviendo estabas
y tu marido tambien.
Con el sudor de la frente
no hay quien llegue á enriquecer
tan pronto.

SIMON. ¡La frente ha dicho!
Rebeca, mírame bien.
¿Hay en mi frente señales
de algun... de algunos... (Ap.) Luzbel
me dijo que acá en la tierra
esas cosas no se ven.

REBECA. ¿Qué quieres que yo te mire?

SIMON. Nada, nada. (Ap.) ¡Ay! ya pensé...
Mira, hebrea: si te quitas,
y dejas ahí poner
á mi Rebeca, una dracma
ahora mismo te daré.

MUJ. 1.ª No quiero.

SIMON. Te daré dos.

MUJ. 1.ª Tampoco.

SIMON. Te daré tres.

MUJ. 1.ª No.

SIMON. Cuatro.

MUJ. 1.ª Tampoco cinco.

SIMON. Siete, nueve... Toma diez. (Se las da.)

MUJ. 1.ª Pues tan caro me lo pagas,
que se ponga. ¿Qué he de hacer? (Rumor.)
(Rebeca pasa delante de la mujer.)

REBECA. ¿Qué es eso?

SIMON. Que Herodes llega.

REBECA. ¿Y la víctima?

SIMON. Despues.
(Música marcial en la orquesta. Herodes entra precedido de su córte y sube á ocupar su silla.)

ESCENA IV.

DICHOS, HERODES, CORTESANOS, MINISTROS y SOLDADOS.

PUEBLO. Viva Herodes!

HERODES. Donde se hallan
nuestros venerandos dioses,

á ellos solos se tributan
vítores y adoraciones.
Venga la víctima al ara,
y que con su sangre borre
la ofensa vil que su lengua
sacrílega, inmunda y torpe
infirió á nuestras deidades.
Y vosotros, sacerdotes,
ofreced en holocausto
con su vida sus dolores.

(Repítese la ceremonia de los perfumes y el incienso. Se oyen cerca las trompetas.)

SIMON. (Á Rebeca.) Ya va á salir la blasfema;
verás qué fea se pone.

(Continua la música, y entra la Sibila con túnica blanca, destrenzado el cabello y coronada de lirios, conducida por Luzbel, que hará de sacrificador.)

ESCENA V.

DICHOS, la SIBILA, LUZBEL.

LUZBEL. (Al llegar cerca del ara y cuando ha cesado la música.)
Símbolo es de la verdad
esta mujer altanera.
Humillar mi frente espera;
yo la heriré sin piedad.

SIBILA. Si el cuerpo tu mano hiere,
la herida espero con calma.
Verdad divina es mi alma;
y la verdad nunca muere.
Pueblos, que mi profecia
escuchais y no os aterra:
¿veis este templo, que encierra
la espirante idolatria?
¿Veis ese horrible monton
de dioses de cieno inmundo,
á quienes prodiga el mundo
incienso y adoracion?
¿Veis la Venus impudente,
lasciva divinidad;

ante quien la castidad
baja encendida la frente?
¿Veis ese torpe Sileno,
á quien rinden sus tributos,
los que en miserables brutos
se tornan con su veneno?
Y Júpiter, cuyo nombre,
entre esas divinidades,
simboliza las maldades
que envilecieran á un hombre?
¿Veis el Becerro, ante el cual
dobla sin pudor la frente,
todo el que en su pecho siente
un corazon de metal?
Pues todo al profundo averno
bajará, sin dejar huella,
cuando allí brille la estrella,
aurora de un Sol eterno.
(Señalando al foro.)
Allí, de la humana grey
el divino Salvador,
nace á igualar con su amor
al mendigo con el rey.

PUEBLO. Muera!

SIBILA. Ciega humanidad!
¿Qué importa que grites ¡muera!
Si por mucho que me hiera,
vive siempre la verdad?

HERODES. Consúmese el sacrificio.

SIBILA. Cuando ruede mi cabeza,
polvo y ruinas tu grandeza
será, soberbio edificio!

PUEBLO. Al ara!

LUZBEL. (Á Simon.) Á ayudarme ven,
mientras yo alzo la cuchilla.
(Simon sostiene el cuerpo de la Sibila, mientras Luzbel eleva la cuchilla. Al mismo tiempo, por un rompimiento del foro, aparece una brillante estrella.)

SIBILA. Mirad! Ese astro que brilla
es la Estrella de Belen!

PUEBLO. Muera!

(La Sibila coloca el cuello sobre el ara, la cuchilla desciende, y el ara y la víctima desaparecen al mismo tiempo por escotillon. Grito general. Los ídolos se bambolean sobre sus pedestales. Herodes y el pueblo se disponen á huir aterrorizados.)

TODOS. Ah!

HERODES. ¡Terribles señales!
Las bóvedas se conmueven,
y esas deidades se mueven,
y giran sus pedestales!
Huyamos!

PUEBLO y SACERDOTES. Huyamos, sí.

(Vánse todos menos Simon y Luzbel.)

SIMON. Rebeca, espera!

REBECA. No, no.
primero es salvarme yo! (Váse.)

LUZBEL. (Sujetando á Simon.)
Tú eres mi presa.

SIMON. ¡Ay de mí!

(Los ídolos y el templo caen en pedazos; ensánchase el rompimiento del foro, y aparece en último término el Portal de Belen con el Misterio y la Adoracion de los Reyes y los pastores. Música suave en la orquesta El Arcángel Miguel con la Sibila se ven sobre una nube.)

ESCENA ÚLTIMA.

LUZBEL y SIMON, en primer término; MIGUEL y la SIBILA, en segundo; en el foro el Nacimiento, los REYES y los PASTORES, entre los cuales estarán ISABEL, SAULO, ANDRÉS, ANA, MATEO y MARIA. Coro de ángeles.

SIMON. Déjame ya, Belcebú!

LUZBEL. Cumplido el pacto ha de ser.

SIMON. Pues cúmplalo mi mujer,
que es tan buena como tú.
Llévatela con el oro,
que era toda su ambicion;
que yo con el corazon
á aquel tierno Niño adoro.
(Viendo á Miguel.) Mensajero celestial,

ángel divino y hermoso,
pues eres tan poderoso,
líbrame de este animal.

LUZBEL. (Con furor, viendo á la Sibila.)
Ella!... Y vive!...

MIGUEL. De mí en pos
sube á la celesta esfera;
que no es posible que muera
la Verdad, hija de Dios.

LUZBEL. Oh! Miguel! Siempre Miguel!

MIGUEL. Cumplióse la profecia!
Baja á tu mansion sombria!
Tu reino acabó, Luzbel!
(Luzbel baja por escotillon y sale una llamarada. Miguel, la Sibila y la nube desaparecen.)

SIMON. (Á Miguel.) Gracias! Sin tu proteccion,
en mí, con furia sangrienta,
vengado hubiera su afrenta,
haciéndome un chicharron!
Y ahora, que pobre me veo,
¿qué puedo ofrecer al Niño?
¿Qué? mi entrañable cariño,
que es todo cuanto poseo.
(Dirigiéndose hácia el foro.)
Dame tú la fortaleza;
porque tuyo quiero ser,
á pesar de mi mujer,
del demonio y la pobreza.

CORO DE ÁNGELES.

El Niño ha nacido;
venid al portal,
que aquí está la gloria,
la gloria inmortal.

—

Sobre humilde y pobre lecho,
de una Vírgen celestial
ha nacido el Rey de reyes,
que el mundo viene á salvar.

—

El Niño ha nacido; etc.

(Durante el coro, los Reyes magos y los Pastores ofrecen sus dones al Niño-Dios, y el telon baja muy despacio.)

FIN.

NOTA.

En el teatro en que el director de escena lo cre oportuno, puede cantarse á coro la invocacion de Sacerdote de Júpiter y de la Vestal; y antes ó despues del coro de ángeles, puede tambien cantar el gracioso alguna copla alusiva, y concluir el acto con baile. pastoril.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

La eleccion de un diputado, com..	1	acto, verso
Diego Corrientes (primitivo.) dra.	3	v.
Id. zarzuela.....	3	v.
—Id. refundido (el 3.º nuevo).....	5	v.
Hombre tiple y mujer tenor, c....	3	v.
Empeños de honra y amor, drama.	3	v.
El zapatero de Jerez, d.....	3	v.
Una mujer literata, comedia.....	3	v.
La Roca encantada, melodrama...	4	p. y v.
Un club revolucionario, comedia..	1	p.
Un infierno ó la casa de huésp. c.	3	p.
Aventura de un cantante, z.....	1	v.
La flor de la serrania, z.....	1	v.
—Un auto de prision, z.....	1	v.
—Un jaleo en Triana, z.....	1	v.
Remedio para una quiebra, c.. ..	1	v.
El tio Zaratan, parodia.....	1	v.
La mujer de dos maridos, c.....	1	p.
—Un dia de prueba, d.....	3	v.
—Un verso de Virgilio, c.....	3	p.
—El hijo de la Caridad, c.....	3	v.
—Vanidad y pobreza, d.....	3	v.
—Los españoles en Méjico, d.....	3	v.
—Un recluta en Tetuan, c.....	1	v.
—1864 y 1865, Revista.....	1	v.
--La dote de Patricia, fábula lírico-dramática.....	1	v.
—Revista de un muerto, juicio del año 1865.....	1	v.
—Por amor al arte ó la escuela de declamacion.....	1	p.
—Enfermedades secretas, c.	1	v.
—Por amor al arte ó la escuela de declamacion.....	1	p.
—La Estrella de Belen.....	3	v.

NOTA. La propiedad de las obras marcadas con este—signo al márgen, pertenece al autor y las administra el editor de la galeria titulada El Teatro. Las que no lleven el mismo signo han sido enajenadas, á su propiedad pertenece á distintas empresas.

a cenicienta.
ña.
el almadreño.
tas.
del vicio.
os de viento.
de Correlargo.
oro.
l regimiento.
de mi mujer.
ijos.
adres.
l Rey René.
mos.
a de Murillo.
era.
nza de Catana.
esita.
de la vida.
le Garan.
in piloto.
os.
en el campamento, ó
de Africa.
os.
lleros de la niebla.
de matrimonio.
de Babel.
lel gallo.
ediencia.
alhaja.
nimada.
dos (refundida.)
o.
jo.
mi sobrina.
rbano.
Maria.
n 1818.
vista de pájaro.
re hojuelas.
de Polonia.
ó la Emparedada.

Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa
Olimpia.
Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?
Rebeca.
Ribal y amigo.
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Torbellino.
Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemarpa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

y Medoro.
té buena ley.
nas feo.
y cuchilladas
ia la Gitana.
y marte.
Flora.
ando.
ariquita.
isanto, ó el Alcalde pro-
r,
scual,
iller,
rino.
yo de una ópera.
ero y la maja.
del hortelano.
a y en Marruecos.
en la ratonera.
s de carnaval.
rio (drama lírico.)
illon de la Rioja *(Música.)*
onde de Letorieres.
ido á escape.
tan español.
eta.
bre feliz.
llo blanco.
gial.
no mono.
ner vuelo de un pollo.
rinto y Valdemoro.
netismo... ¡animal!
a de la calle Mayor.
astas del toro.

El mundo nuevo.
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mudo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia ratonera, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. *(Música.)*
La toma de Tetuan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Peluquere y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.

Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Manzano.
Albacete	Ruiz.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Muro.
Alicante	Viuda de Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Coronado.
Barcelona	Cerdá.
Idem	V. de Bartumens.
Bejar	Lopez Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Pedreño.
Castellon	J. Maria de Soto.
Ceuta	M. G. de la Torre.
Ciudad-Real	Acosta.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Viuda de Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno é hijo.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico.	J. Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Brieba.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion
Orense	Perez.
Orihuela	Martinez Alvarez.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Hijos de Gutierrez
Palma	Gelabert.
Pamplona	Rios.
Pontevedra	Buceta Solla y compañia.
Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	V.ª de Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Oña.
Sta. C. de Tenerife	Poggi.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Gra. Campos.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	J. Garcia.
Idem	J. Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	A. Juan.
Ubeda	Perez.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.